



Editorial / Editorial / Editorial

La (etno)musicología, el neoliberalismo y el silencio de las instituciones

Miguel A. García

En los últimos meses, una serie de cambios políticos y económicos de corte neoliberal amenazan a varios países de Latinoamérica. Aunque con diferencias, en Argentina y Brasil ya pueden apreciarse los efectos de esos cambios: transferencia de recursos a los sectores concentrados de la economía, fuga de divisas, endeudamiento externo sin desarrollo, mayor dependencia de los centros financieros y comerciales, caída del empleo, aumento de la pobreza, achicamiento del Estado en sectores de la educación, la investigación científica, la salud y la asistencia social, mayor injerencia del poder ejecutivo sobre la administración de la justicia, etc. En muchos casos, los gobernantes que llevan adelante estas políticas están acusados de tener vínculos estrechos con empresas multinacionales que se benefician con las transformaciones que ellos mismos promueven, ser tenedores de divisas en paraísos fiscales –tal como ha quedado develado en los *Panama Papers*–, haber sido inversionistas de “fondos buitres” –*holdouts*– que demandaron al Estado y haber amasado fortunas a través de prestaciones de servicio poco transparentes a un Estado que ahora controlan. Nada de esta información se devela en este editorial. A pesar de la monopolización mediática devota de la mentira y la distracción que acompaña a las políticas neoliberales, quien se interese por buscar las pruebas de la veracidad de las afirmaciones precedentes, puede hallarlas en fuentes periodísticas y judiciales confiables.

En Latinoamérica las investigaciones sobre música –en todas sus vertientes– están al amparo del Estado. Si, excepcionalmente, prosperan en instituciones privadas, éstas suelen gozar de manera directa o indirecta de beneficios estatales. No es difícil inferir las consecuencias que el achicamiento del sector público tiene y tendrá sobre nuestra área. Muchos colegas han reaccionado con rapidez y no han tenido temor en manifestar públicamente su preocupación y denunciar recortes presupuestarios y despidos. Sus voces se oyen en las listas de discusión digitales (por ejemplo en las de la *Associação Brasileira de Etnomusicologia* y de la Asociación Argentina de Musicología) y en otros medios. Asimismo ha habido participación de colegas en acciones organizadas por músicos y artistas de otras disciplinas, como en el movimiento *#OcupaMinc* de Brasil que se alzó en defensa del Ministerio de Cultura y de otros organismos y programas estatales. Novedosas han sido las expresiones públicas de repudio llevadas a cabo por asociaciones que representan a etnomusicólogos, como es el caso de la *Associação Brasileira de Etnomusicologia*¹, y de otras que, sin estar directamente perjudicadas por la situación, han sabido adoptar una posición solidaria, como el *International Council for Traditional Music*.

¹ <http://abetmusica.org.br/conteudo.php?&sys=noticias&id=119> [consulta: julio 2016].



También desde otras áreas del conocimiento se ha expresado preocupación y repudio en varios congresos (por ejemplo, ver la carta abierta enviada por el Secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales al congreso de la *Latin American Studies Association*²). No obstante debemos reconocer que frente a la avanzada neoliberal muchos colegas prefieren callar, ya por temor a perder sus puestos de trabajo, ya por empatía, ya por no vislumbrar el efecto destructivo de las políticas neoliberales, ya por simpatizar con ellas. Lamentablemente, el silencio, sea cual fuere su razón de ser, no es neutral ni apolítico y en la mayoría de los casos termina siendo una forma solapada de beneplácito.

Para quienes estamos dispuestos a levantar la voz frente al achicamiento del Estado, la situación impone resolver dos interrogantes: ¿qué es lo que queremos defender? y ¿qué papel deben jugar en esta defensa las instituciones más allá de las acciones individuales que emprenda cada uno de sus miembros? Sin duda nos interesa proteger los puestos de trabajo, los subsidios a la investigación, la continuidad de los congresos y las publicaciones, la buena salud de los centros de educación de grado y posgrado y todo lo concerniente a la disciplina que profesamos. Pero si nos limitamos a proteger los intereses de nuestras disciplinas estaríamos adoptando una postura corporativa, indolente a la pauperización que sufren otros sectores de la sociedad. Una manera de dotar de mayor relevancia a nuestras disciplinas es reemplazar el proceder corporativo por una ética de solidaridad que incluya en la agenda la defensa del bienestar y los derechos de otros sectores sociales, pertenecientes o no a las áreas de la cultura, la educación y la investigación. La situación en Latinoamérica requiere este gesto solidario. También es requerido en otras latitudes en las que la xenofobia, la violencia y el crecimiento de los movimientos de ultraderecha vaticinan un horizonte adverso para la diversidad y el libre pensamiento. La agenda que oriente nuestra solidaridad debe surgir de un profundo debate propiciado por las instituciones que nos acogen, las cuales deben asumir la responsabilidad de expresar públicamente las denuncias y reclamos que nazcan de ese debate. ¿No sería más digno ser parte de una institución que se expresa frente al achicamiento del Estado o a hechos tales como la desaparición de los 43 estudiantes mexicanos, al movimiento *#NiUnaMenos* de Argentina o a la situación de los refugiados en Europa y Asia, que pertenecer a una institución abocada solo a organizar congresos, editar publicaciones periódicas y disputar cargos directivos?

² http://www.clacso.org.ar/difusion/mensaje_clacso_en_lasa_2016_golpe_en_brasil [consulta: julio 2016].